

HISTORIA DE MUJERES

Por **José Alfredo Llerena**

—¿Quién ha hecho tanta confusión en la casa? Los muebles están fuera de sus sitios. No puedo abrir los cajones de esta cómoda. Vamos, hay alguien que en mi ausencia lo convierte todo en un revoltillo —vociferó Lucrecia.

Estaba pálida de rabia.

Apareció su hermana menor y explicó.

—Perdóname; lo único que hice fue poner las cosas en orden; pues, las ropas estaban arrojadas en el piso; las sillas del comedor, en la sala. Eduardo se ponía furioso por el desarreglo; me inspira un poco de recelo, por lo cual puse los objetos en sus propios sitios.

—¡Ah! Bien— replicó Lucrecia, disminuyendo la acrimonia de su voz.

Las hermanas se miraron. Los relámpagos y las titilaciones de sus ojos sostuvieron un mudo y largo diálogo. Quizá los ojos azules de María del Carmen Zambrano, la menor, expresaron esto: "Tú pasas los días sólo en la Iglesia y donde el médico; olvidas que la casa requiere atenciones; tu hija se dedica a los estudios y no puede cumplir las tareas que son inherentes a la madre; tu marido se fastidia, como lo haría cualquier otro cuando halla la casa desordenada... y yo, por estas razones véome obligada a realizar la tarea de situar los trabajos en los puestos que

les corresponde; lo hago por medrosidad, puesto que estoy arrimada a vuestra casa como un niño a un árbol". Los ojos de Lucrecia Zambrano de Hurtado, pequeños y negros, de niñas muy profundas, contestaron así: "no invadas mi campo; si lo haces, te pondré en la calle; ¿qué sabes de arreglos o desarreglos, mujer frívola, intrusa, simple protegida? ¿Me oyes? El arreglo de la casa corresponde a la esposa, a la ama, a la señora".

Después del encuentro, sonrieron hipócritamente. Sonrisas muy convencionales fueron las suyas. María del Carmen era más alta que mediana, de cintura estrecha y flexible, de ancas provocativas, de piel blanca, de cabellos bermejos, de ojos azules; líneas clásicas delimitaban su rostro y su cabeza. En suma, era bella. Muertos sus padres, por un accidente, quedó a vivir en el hogar de su hermana casada. Lucrecia, la mayor, era más pequeña, pero bien proporcionada; de graciosa tez morena, de ojos negros fascinantes y carnosa boca. En el aspecto sexual, provocaba más que su hermana.

Eduardo Hurtado, su esposo, era rubio y de ojos azules. Descendía de europeos nórdicos, por línea materna. Como marido, era hombre bueno, tierno, de un natural silencioso. Pertenecía a esa clase de hombres que se siente segura en la vida y esparce la tranquilidad alrededor.

Eduardo y Lucrecia tuvieron una hija, a la que bautizaron de Fernanda Armida. Fue la única del matrimonio. Crecía la muchacha entre mimos, como es natural. Todo marchaba viento en popa, como suele decirse.

En las fiestas, los Hurtado Zambrano invitaban a sus amigos, comían succulentamente, tomaban buenos licores y bailaban; los sábados, en la noche, iban al cine y los domingos salían de Quito a algún balneario. Se divertían largamente.

Nada interrumpía la felicidad de la familia, excepción hecha de las discusiones entre las hermanas por aquello de que Lucrecia no se daba tiempo para cumplir sus obligaciones de mujer casada y tampoco permitía que María del Carmen le ayudase. Cuando se producían las disputas, Lucrecia solía reprochar a su hermana su incapacidad para conseguir un marido; toda mujer —afirmaba— sabe darse modo de hallar alguien quien le acompañe en la vida. A los hombres no les importa —propugnaba— tanto la belleza cuanto el buen genio y la simpatía. Los saetazos de

la hermana mayor resentían profundamente a María. Mas, en verdad, resultaba incomprensible para muchas personas aquello de que María del Carmen, con ser tan joven y tan bella, no tuviese un novio. Corrían los años y ella no hallaba con quién casarse.

Las disensiones en el hogar de los Hurtado Zambrano no surgían, por cierto, diariamente; no constituían el pan cotidiano. Reinaba la paz en la familia, en la mayor parte del tiempo. Desde su casa situada en San Juan, loma occidental de la ciudad, los Hurtado Zambrano se deleitaban mirando las otras colinas de Quito, Ichimbía y Panecillo, cubiertas de verde; en la primera, habían aparecido magníficas cúpulas doradas y numerosos techos rojizos. San Juan es el mejor mirador de Quito. Desde allí, veían varias áreas nuevas de la urbe, tan refulgentes, como acuarelas impresionistas.

La casa de los Hurtado pertenecía a la arquitectura antigua, colonial, sin exceso de adornos; le caracterizaba una liberalidad de espacio —grandes patios y muchos corredores— que le convertía en un mundo de paz y de silencio. El patio principal estaba rodeado de balaustrada verde; tenía como acceso a la calle un zaguán ancho, empedrado, acodado, que se llenaba de misterio en las horas sombrías.

Lucrecia empezó a quejarse de sofocación. En su corazón había anidado un dolorcillo, que se tornaba cada vez más frecuente. No estaba gorda, de modo que la afección cardíaca no tenía como causa el exceso de grasa. No se podía saber el origen de la enfermedad; los médicos no lo hallaban. Generalmente, cuando el enfermo interroga por el origen de su mal, los médicos dan evasivas; parece que este proceder arranca del juramento de Hipócrates.

En la familia Hurtado Zambrano, las afecciones cardíacas se convirtieron en el tema de las conversaciones a las horas de las comidas. Opinábase que la altura de Quito, 2800 metros, obligaba al corazón a trabajar demasiado, algo como lo que acontece con un motor para subir una cuesta; decíase que las penas, las preocupaciones, las ideas fijas destruyen el corazón. Lo cierto era que Lucrecia se agravaba, de suerte que hubo que acudir a muchos médicos y gastar bastante dinero en medicinas. Para Lucrecia, su corazón resultaba un monstruo enfurecido, pues-

to que con frecuencia se hinchaba, le daba la sensación de haberse agrandado, a tal punto de no caber en el pecho.

Los Hurtado se transformaron en expertos en todo lo atinente al mal del corazón; sabía de estetoscopios, pulsaciones, tensiófonos, coraminas, digitalinas y muchas aguas. Por el mal estado de su salud, Lucrecia dedicaba la mayor parte de su tiempo a los médicos y a la iglesia; su religiosidad habíase acentuado; pasaba largas horas al pie de los altares, alelada por el incienso y la música del órgano. Permanecía muy poco tiempo en la casa; su marido no estaba bien atendido, pero no era exigente; siempre que no le faltasen la ropa limpia y el tabaco se hallaba satisfecho. Era de esos hombres cómodos que usan sandalias, visten blusas de colores y camisas para deporte. La pipa permanecía lasgas horas entre sus labios, sin causarle carraspera ni obnubilaciones.

Fernanda Armida obtenía mediante gritos, todo lo que necesitaba. Alguien la atendía siempre: el padre, su tía María del Carmen, los sirvientes, y a veces, su misma madre.

Eduardo era propietario de una abacería en la plaza de San Francisco que le proporcionaba progresivas ganancias, aun cuando él se quejaba del mal negocio por el prurito de quejarse, como lo hacen todos los comerciantes. No le faltaba el dinero y en ocasiones lo dilapidaba con los amigotes, después de cerrar la tienda, en el café, o en la cervecería, donde jugaban cartas. Desde luego, siempre llegaba a su casa con la cabeza bien puesta entre sus hombros. Tan sólo una vez llegó ebrio y cantando viejos pasillos. Al día siguiente, le dolía la cabeza; tenía deseos de tragar alimentos salados, pero no hubo a quién pedirlos porque su dichosa mujer se marchó muy temprano para cumplir lo que ella llamaba sus deberes de cristiana. La cuñada comprendió su situación y le sirvió un desayuno compuesto de huevos fritos, lomo de res, cebiche, cerveza y café cargado. ¡Qué sabroso fue todo aquello! ¡Cómo gozaron los tejidos de su paladar y de su estómago!

Por algún conducto, Lucrecia se informó de lo sucedido y armó una estruendosa riña con su hermana, a la que culpó —lo de siempre— de haber usurpado sus atribuciones en el hogar.

—No estabas aquí, cuando te pedí algo de comer— explicó Eduardo, con alguna exaltación.—Te habías mar-

chado a la iglesia— agregó, corrosivamente.

—Debías esperar que yo vuelva, o debías habérmelo dicho la víspera— espetó, con histerismo, la esposa.

—¿Cómo podía habértelo dicho la víspera si estaba borracho?— replicó Eduardo. Y después, ya no contestó los venablos que le lanzó la mujer. Pensó que las mujeres son contradictorias de naturaleza y después de todo lo que mueve su conducta es una misteriosa gana de buscar pleitos, que de seguro les es orgánicamente necesaria. Mientras tanto, María del Carmen lloraba. El sufrimiento bañaba de belleza su rostro dorado. Amenazó con irse, definitivamente. Mas, llegó la hora de las reconciliaciones, como siempre, y quedóse.

Para su familia Lucrecia era ya una sombra. Era un corazón que palpitaba gracias a las drogas y que consumía una buena parte del presupuesto. Sin embargo ella no había perdido del todo su atractivo. Sus ojos seguían alimentando un interesante fuego negro, cercado por los estambres de las pestañas. Algunas arrugas que se habían dibujado en su piel no afectaban a su gracia y más bien le daban cierta apariencia romántica. Vestía con distinción. Hablaba, con frecuencia, de que su fin estaba próximo; así lo hacía con el objeto de agradarse con las protestas de sus familiares.

En el dormitorio había una butaca, donde Lucrecia se arrellenaba, todos los días, para hacer una siesta de media hora. Hacía un día canicular. Tras un succulento almuerzo, siguiendo la costumbre, Lucrecia fue a su butaca. Durante el almuerzo casi no habló. También los demás estuvieron callados. Hubo en el comedor una atmósfera fúnebre. Ella vestía de satén negro; un collar con perlas hacía resaltar la gracia de su cuello. Mientras ella se encaminó a dormir, los demás se fueron por los silenciosos rincones del edificio, rico en penumbras y en perfumes de umbelas. El dormitorio de Lucrecia estaba próximo a la calle, pero los ruidos no perjudicaban al reposo porque eran detenidos por las anchas paredes y además en el barrio no había mucho tránsito.

Después del almuerzo transcurrieron dos horas; contra toda la costumbre, Lucrecia no daba fin a su siesta. Su hija fue a verla, caminando de puntillas.

—Mamá, mamá.

No contestó. Armida se acercó calladamente a su madre y le asombró su apariencia extraña. Luego vio que tenía la boca un poco abierta; su cabeza, inclinada a un costado; los ojos, vidriosos; tocole sus manos y comprobó que estaban rígidas.

—Mamá, mamá— gritó.

La señora no respondía ni se movía.

Los gritos y lamentaciones de Armida atrajeron a los demás. Eduardo, María del Carmen, los criados acudieron, con presteza. Armida seguía dando alaridos. Eduardo acarició la cabeza y las manos de su esposa. Se le fueron las lágrimas. Alguna vez, en los días lejanos de su infancia, había llorado; después, nunca. Ante la muerta su corazón se trizó y sus ojos se bañaron de lágrimas. Ese momento, barrenaba su cerebro la idea de que quizá él no hizo lo suficiente para salvarla; mi despreocupación y mi egoísmo la mataron, pensó. Los criados también se soltaron en llanto; en cambio, María no podía hacerlo; sus nervios no funcionaban; sentía una sequedad de madera en todo su cuerpo.

De pronto, Eduardo observó, con espanto, un charquito de sangre y una daga, a los pies de la muerta. El arma se hallaba ensangrentada.

—Y esta daga, esta daga? ¿Tal vez se mató? —dijo Eduardo.

—Cansada de sufrir, se ha suicidado— acotó una sirviente.

Se oyeron golpes en la puerta de la calle y algo como el rumor de una multitud. Los golpes se tornaron más fuertes y alguien abrió la puerta, a puntapiés. El rumor de la gente avanzó por el corto pasillo.

Todos se quedaron mudos.

A la cabeza de un grupo de gente entraron al dormitorio el Comisario de Policía y dos oficiales de la guardia policial que asían de los brazos a un joven alto, seco, moreno, de rasgos duros, que vestía pantalones de caqui y blusa roja; su rostro tenía una expresión de espanto.

Retírense del cadáver— ordenó el Comisario.

—¿Pero cómo han sabido? —se interrogó Eduardo.—
¿Quién ha avisado a la policía?—añadió.

Eduardo creía soñar. Seguramente, era presa de la más horripilante pesadilla.

El joven que estaba detenido por los policías sacudió un brazo, se soltó y señaló a la muerta. Y pronunció estas palabras:

—No he querido huír. Me entrego voluntariamente a la justicia. ¡Yo la maté porque ya no me quería!

—Estúpido— exclamó el oficial de policía y del brazo condújole a un vehículo, para llevarle a presidio.

Los parientes de la difunta semejaban estatuas. Habían sucedido rápidamente tantas cosas que no podían reaccionar en ningún sentido.

Por fin, María del Carmen, quien no había podido llorar, se despegó del suelo y huyó hasta su dormitorio; se puso de hinojos ante un cuadro del Crucificado y le dedicó una plegaria.

—Dios mío, llévame con ella, con mi buena hermana. Llévame de este mundo, Señor, Tú, Señor, sabes que soy inocente; que ninguna culpa he tenido en esta desgracia!

De entre los senos sacó un menudo guardapelo de oro, lo destapó y miró los cabellos y el retrato que allí se ocultaban. Parecía ser el retrato de Eduardo. Arrojó el relicario por la ventana y dijo:

—Dios mío, no quiero tener nada de él, nada más de él. Y continuó lamentándose. Abundantes, saladas y ardientes lágrimas inundaban su rostro.